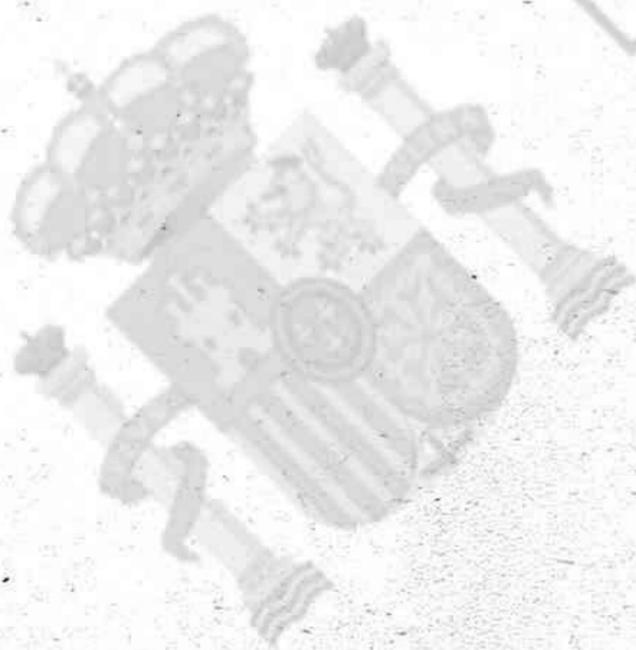


SOLIDARIDAD OBRERA

octubre 1948

MINISTERIO
DE CULTURA



EL MOVIMIENTO LIBERTARIO IMPULSOR DE LA ESPAÑA LIBRE

NUESTRO Movimiento ha de tener una significación mucho más honda que la de un partido político cualquiera. Ha de saber hacerse intérprete de los sentimientos y de las aspiraciones de justicia y de libertad de todo un pueblo.

El régimen de terror de Franco es detestado por todos los españoles. La Monarquía se hizo odiosa en España. Desde Fernando VII, a Isabel II y a Alfonso XIII por no citar a más personajes representativos de los intereses dinásticos en lo que va del siglo pasado a la fecha, se puede constatar el daño inmenso que la Monarquía ha inferido al pueblo español. La República también ha sido brutal e incomprensiva para con el pueblo. Ha estado a merced de las fuerzas reaccionarias del país. No supo reaccionar contra ellas. Fué perdiendo todo su prestigio dentro del pueblo, que no podía apreciar la diferencia notable de métodos entre los empleados por el Estado monárquico o por el Estado republicano. Pasajes, Arnedo, Casas Viejas, la represión sangrienta de Asturias demuestran de qué manera los regímenes de autoridad tienen común analogía.

El Movimiento Libertario debe poner en juego toda su fuerza, movilizar la conciencia popular española, primero para hundir a Franco, y luego para impedir que la historia de España discurra por los cauces funestos que le han ido preparando los elementos políticos y las fuerzas que trabajan para impedir que una verdadera era de libertad y de transformación social se abra en España.

El pueblo español ha sabido dar una medida de su sentido político y de su capacidad constructiva. Y el Movimiento Libertario Español a través de sus realizaciones ha sabido mantener con responsabilidad una obra de ensayo y de aplicación revolucionaria, cuyo valor será mayormente apreciado a medida que se ensanche la perspectiva histórica.

En el terreno de los hechos la CNT y la FAI en España, el Movimiento Libertario, han patentizado elocuentemente lo que podían ser sus realizaciones constructivas. De nada servirá la difamación interesada. Testimonios imparciales y honestos po-

drán un día apreciar con justicia ese esfuerzo creador de los trabajadores españoles adscritos a la CNT y al anarquismo militante.

El pueblo español aspira a una profunda transformación social. No se le pueden pedir sacrificios en nombre de instituciones caducas que le han sumido en la ruina y en la más horrible de las tragedias. La nueva vida de España ha de estar cimentada

de otras tendencias negativas, para desviar a las masas trabajadoras del camino de la Revolución.

En el medio anarquista y confederal español no debe ni ha de imperar ningún confusionismo. La claridad de posición del Movimiento Libertario ha de servir de espejo a todas las voluntades animadas del espíritu de lucha, y la lucha, así como el sentimiento del Ideal, ha de dar unidad a

aplica a asegurar sus propios intereses. No podemos observar con él, una conducta de conllevancia.

Las fuerzas reaccionarias españolas, las que han apoyado a Franco, y las que se aprestan a sustituirle sin extorsión, están entregadas a los planes de la contrarrevolución mundial. El Movimiento Libertario, manteniendo vivo el espíritu de la lucha antifascista contribuirá en todo momento a impedir la realización de estos planes. Pero para mantener el sentido de la lucha antifascista, el Movimiento Libertario jamás ha de sumar sus fuerzas a las de los elementos políticos que se pliegan a la política de conllevancia y sólo puede coincidir, en el terreno de la acción, con aquellas que sepan netamente dar prueba de su voluntad de aniquilar al fascismo.

« Nunca el Movimiento Libertario Español — ha dicho Rocker, — se ha perdido en el laberinto de la dialéctica económica, y, nunca su empuje espiritual fué frenado por ninguna clase de fatalismo, como tantas veces ocurrió con los movimientos obreros de otros países ».

No ser frenados por la consideración de fatalismo alguno, he ahí el gran principio que puede contribuir a la libertad del pueblo español, a facilitar a España los elementos indispensables para hallar en su propio poder creador, en sus recursos, en su ingenio, en sus energías, en las simpatías que sepa granjearse y en los intereses que sea capaz de poner en juego las posibilidades de dar cima a la obra que sus fundamentales aspiraciones y sus necesidades vitales reclama.

Libertarios, no defraudemos al pueblo español, el mejor preparado para nuestras corrientes y tendencias, que las ha asimilado de manera franca y sentida y que ejercen sobre él una sugestión profunda. Sepamos acreditar nuestra actuación cotidiana, prestigiarla, dar valor a nuestra propia obra.

La lucha que el pueblo español sostiene contra sus seculares enemigos ha de estar impregnada cada día más de las concepciones del socialismo libertario. No ha de haber para el pueblo español fatalismo geográfico ni político. Su voluntad extraordinaria, su quijotismo indomable, su irreductible odio a los procedimientos dictatoriales, su capacidad, su sentido realista y soñador, han de dar vida a la nueva España libre.

La obra de los anarquistas es la de debilitar, la de destruir todas las instituciones autoritarias y opresoras. La de afirmar en todas partes la libertad. Para el Movimiento Libertario Español la fidelidad a los propios principios, impulsores de la Revolución española, ha de ser la garantía mejor que puede ofrecer a la causa de la libertad del pueblo español.

POR GERMINAL ESGLEAS

da en la libertad. Y el pilar más sólido de ella, debe ser el Movimiento Libertario.

La contrarrevolución internacional trabaja activamente para desarticular a las verdaderas fuerzas de libertad en el mundo y de una manera particularísima en España.

Sabe que el anarquismo español es una fuerza que no se somete. Que es una fuerza de esencia popular y de arraigo profundo en el pueblo. Y por ello se interesa en facilitar en España el predominio de otras fuerzas y

la acción militante con miras a la obra inmensa a realizar para contribuir de manera efectiva a libertar al pueblo español y a la vertebración de una España social y políticamente libre.

No hemos de dejar sorprendernos en las emboscadas tendidas a la libertad y a sus defensores más esforzados. Nunca hemos de entregarnos a los planes del enemigo, ni seguir sus orientaciones e iniciativas, por más seductoras que se nos presenten. Toda la inteligencia del enemigo se



— Y qué opinas del acuerdo monárquico-socialista ?
— Pues que ofrece, à peu près, las mismas « garantías » de Franco.

EL NACIONALISMO

(De nuestro corresponsal ANTONIO PEÑA)

El límite en el cual la noción de patriotismo se confundió con la idea nacionalista, es prácticamente imposible de trazar. ¿Existe, acaso las dos posiciones son tal vez en el fondo una misma intención de aislamiento xenófobo? En último análisis, sí. El nacionalismo es, en el terreno intelectual, doctrinario, lo que el patriotismo, en el aspecto que podría llamarse efectivo. El nacionalista ha llegado a ser, tal luego de un razonamiento metódico, luego de analizar y convertir en principio rígido su primer impulso. El patriota, en cambio, no llega a esa elaboración intelectual: su sentimiento es para él hecho natural, que acepta simplemente, pero sin darle el carácter de doctrina. El tránsito de una a otra actitud es, pues, bien fácil, fatal en cierto modo: porque en el momento que el patriotismo se analiza a sí mismo, el nacionalismo habrá aparecido.

Lo cierto es que, en estos últimos años, el patriotismo parece haber adquirido esa capacidad de análisis. La idea de patria — y no quiero referirme ahora a su gemela, la idea de Estado como representación genuina de la nación —, se presenta aquí y allá en forma de sistema construido, de doctrina superrefinada que pretende apoyarse en un principio indiscutible e inatacable: el sentimiento primitivo ha pasado a ser una actitud reflexiva, metódica. Ser patriota no es ya amar; es, ante todo, establecer y explicar el por qué de ese amor. Ha terminado la era del patriótico y comienza la edad de la reflexión patriótica.

El desarrollo del nacionalismo podría calificarse de fenómeno espontáneo. Y digo eso porque se observa, no sólo allí donde se impone como doctrina oficial, sino hasta en aquellos países cuyos gobiernos no se han preocupado — al menos seriamente — con energía — de una propaganda en tal sentido. No solamente en Rusia cobra impulso: detrás de cada frontera hay una multitud que se diviniza y se cree el pueblo elegido.

Desde Francia, el exilio español tiene una visión parcial de la realidad. Ve en el nacionalismo popular un fe-

nómeno exclusivamente francés y percibe a lo lejos un mundo más abierto, hospitalario, en el que el calificativo de extranjero carezca del sentido despectivo que pone en él la convicción fanática de un gendarme bretón. No quiere que el nacionalismo imponga su norma por doquier; y trata de convencerse — necesita esa esperanza — de que más allá del Atlántico le espera un Paraíso sin *cartes d'identité*, sin *secrétariats des étrangers*, sin leyes ni prejuicios absurdos que vean en el forastero un enemigo tolerado, pero siempre molesto.

La Francia nacionalista — bueno es insistir en ello — es el simple reflejo de un mundo que ha descubierto el nacionalismo (sí, también lo viejo y primitivo puede descubrirse). To-

dos los pueblos han llegado a la convicción de que el Africa comienza del otro lado de sus fronteras; y les parece lógico transformarlas en muros defensivos — ¿por qué no ofensivos? —, que aseguren su sagrada superioridad. Frente a ellos está lo desconocido, lo que no se conoce ni se quiere conocer, lo que es opuesto y enemigo por la simple razón de que tiene otra bandera y otro sentimiento fanático. La frontera es el símbolo supremo del nacionalismo; su límite es el límite exacto entre dos odios.

En América del Sur alienta ese patriotismo enfermizo y morbosos. Careciendo sus países de una densidad de población suficiente, mantienen

hoy, como nunca, una política inmigratoria que impide o dificulta en grado sumo la incorporación de trabajadores extranjeros, mientras la economía pide a gritos aumento de mano de obra en la industria y la agricultura. Y lo trágico es que tal absurdo se ve respaldado por el sentir auténtico de las masas, que hallan en él la medida ideal para evitarles una competencia enconada con los posibles inmigrantes en la lucha por los salarios. « El extranjero nos empobrecerá » — razonan; y el falso argumento pesa más que los campos vírgenes y la soledad agobiante de los desiertos interminables.

Y eso no es todo. Para los extranjeros residentes en su suelo, la Argentina mantiene en pie la famosa ley 4144, por la que se autoriza a los poderes públicos a deportar a su país de origen a aquellos que por su actuación sindical o política se juzguen « elementos indeseables ». Brasil, aun sin poseer una ley de aplicación tan elástica y de tanta peligrosidad, da vida a numerosos decretos y ordenanzas que trasuntan el nacionalismo más fanático y severo: prohibición oficial para los trabajadores que no sean brasileños de desempeñar tareas de estibador en los puertos de mar; exigencia de una estancia de ocho años en el país para lograr el permiso de chófer profesional; idéntico requisito para lograr la patente comercial e impedimentos de toda índole para ostentar cargos sindicales.

Sudamérica ha perdido el poco sentimiento internacionalista que alguna vez llegó a tener. El preámbulo de la Constitución Argentina, que declara establecerse ésta para los nativos del país y « para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino », suena hoy a cosa antigua y desplazada. Porque las masas argentinas se han alejado demasiado de todos los hombres del mundo.

No es sólo Europa, no es sólo Francia. Es la historia entera que retrocede y da un salto atrás, como cansada de marchar hacia adelante. ¿Y queda acaso otro recurso que empujarla?

Antonio PEÑA.

Solidaridad Obrera
16.X.48.

REMEMBER OCTUBRE 1934

Alguien ha dicho que yo tuve la culpa del movimiento. Y así es, en efecto. Yo tenía la seguridad de que estaban en camino armamentos y municiones y que se preparaban las masas para lanzarse a la Revolución, a rescatar la República, y en aquellos momentos en que yo veía la sangre que se iba a derramar, me hice esta cuenta: Puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad, si no entro en el gobierno. ¡ Ah!, pero entrando, ¡ revienta la Revolución? Pues entonces que estalle antes que caiga sobre todos nosotros, antes de que nos ahoguen. Y eso fué lo que hizo Acción Popular. Imponer el aplastamiento de la Revolución. El día que la gente conozca todos los peligros de aquellos momentos, se comprenderá el servicio que hemos realizado los hombres de derecha y cuantos nos atacan por haber aceptado el Poder, no son más que aliados de la más infausta de las revoluciones.

(Del discurso pronunciado por Gil Robles en las Cortes, para explicar la gestación del Gobierno Lerroux-Acción Popular. Octubre 1934).

DURANTE el verano de 1934 y después de vencer la justificada resistencia de algunos núcleos — recelosos del marxismo gubernamental que en días precedentes les habían perseguido con saña igual a la de la reacción tradicional — se constituyó, en Asturias, por iniciativa de la Confederación Nacional del Trabajo, la Alianza Obrera, entidad fraternal decidida a impulsar la obra emancipadora de los trabajadores, a barrer definitivamente del suelo ibé-

por F. Sierra Pando

rico la escoria reaccionaria y a dar al mundo — sin exclusivismos políticos y, conservando cada asociación su autonomía — el ejemplo venturoso de la acción coordinada de las fuerzas obreras.

Desde el primer instante aquellos hombres del pueblo se entregaron con entusiasmo a la preparación de la lucha. Y el espíritu de las heroicas jornadas del 17, de todas las actuaciones revolucionarias que precedieron a la instauración de la República abriena, ganaba constantemente adeptos; de manera especial en las aglomeraciones industriales y en la zona minera. Eran días de fervor sublime, que sólo podía enturbiarse por la intromisión de ciertos líderes, discrepantes siempre del libre acuerdo de las multitudes obreras, y que procuraban frenar sus ímpetus imaginando dificultades, creando por su cuenta inconvenientes y negando incluso las armas precisas por temor a que las cosas fueran demasiado lejos. El mismo obstáculo que se registrara en los distintos movimientos de subversión y que hasta en la guerra del 36 malogró los sanos propósitos del pueblo, conduciendo a la derrota la más grande Revolución de todos los tiempos.

Asturias, no obstante, dió a la lucha una fisonomía particular, netamente revolucionaria. Compensaría la falta material, ocupando las fábricas militares y asaltando los depósitos de dinamita. Arrancaría a los « civiles » y al Ejército mercenario sus armas y emprendería, al grito de **UHP**, el asalto a la fortaleza estatal.

El 5 de octubre la huelga general había sido declarada en toda la región y las columnas de mineros emprendían, con los obreros de la capital, el ataque a los cuarteles y centros reaccionarios de Oviedo. Al igual que en otras localidades, se hicieron, tras viva pelea, dueños de la situación. La nueva Asturias del UHP había previsto la organización de columnas en Langreo y Mieres para acudir en ayuda de los trabajadores de Santander y León y generalizar el movimiento insurreccional. Pero las noticias que se recibieron del resto de España inquietaron a los revolucionarios y se dispusieron a reforzar sus posiciones en la región ante la inminente invasión de las fuerzas mercenarias del Ejército « español » con el concurso del Tercio, Regulares y moros.

Y qué es lo que ocurría en el resto de España? El movimiento no

estaba influenciado por los trabajadores, sino por los políticos fracasados del primer bienio republicano. En Cataluña, por ejemplo, el temor de los dirigentes porque la participación de las fuerzas predominantes de la CNT-FAI dieran a la lucha una orientación revolucionaria no conforme con sus planes, les indujo a arrear a los elementos más caracterizados e incautarse de las armas que poseían los obreros. El funesto y ridículo Dencás fué uno de los principales responsables de la persecución, y los demás dirigentes cómplices de la derrota.

En Madrid se realizó una huelga general de compromiso y sin finalidad, teniendo buen cuidado de alejar de la dirección a la CNT. Y en Zaragoza no se informó a las fuerzas libertarias por el mismo temor a sus entusiasmos revolucionarios que no podían contenerse en una simple fórmula de republicanismo « enchufista ». Tampoco en Sevilla se establecieron contactos preparatorios con la CNT, sin cuyo concurso ningún resultado práctico podía adquirirse. Se peleó en muchos pueblos, pero sin orden ni concierto. Y en Bilbao los mineros de la Arboleda, Galdames, etc. hubieron de retirarse por carecer de armas. La huelga de ferrocarriles apenas tuvo efecto y los trenes sirvieron — por omisión de los dirigentes — para el transporte de tropas hacia Asturias, donde la reacción concentró todos sus efectivos. Sólo algunos núcleos de León, Palencia, Santander y otras provincias secundaron la acción de los obreros asturianos con la energía precisa.

La técnica del alzamiento tenía características liberales del pasado siglo y no revolucionarias como exigían las circunstancias. Era, fuera de Asturias, una conspiración de pequeños burgueses con compromisos militares, que casi siempre fallan. Y se había apartado deliberadamente a la CNT. Por lo que, con razón, un periodista prestigioso de la época, exclamaba: « ¡ Naturalmente, así acabó aquello!... »

Gesta proletaria, sin dirigentes torpes y comodones, fué la de Asturias, bien llamada « la roja », rebelde e indómita, que durante semanas mantuvo encendida la hoguera revolucionaria haciendo frente a los esbirros de Lerroux y Gil Robles, los agentes más ruines y despreciables de la plutocracia hispana.

Aquellos obreros, enardecidos por el estallido de la dinamita, sinfonía de la revolución precursora; aquellos hombres bravos y furiosos en el combate, pero humanos siempre con el enemigo vencido, honestos y justicieros, fueron luego canalllescamente perseguidos y denigrados por el Estado « español ». Contra ellos empleó López Ochoa las armas más indignas y, secundado por el falangista y traidor Yagüe, practicó sistemáticamente el asesinato. Contra ellos se volcó la perfidia jesuítico-monárquica de Gil Robles y del más felón Francisco Franco, subsecretario del Ejército en un gobierno que se llamaba republicano.

Al recordar ese octubre rojo asturiano nos ha parecido indicado encabezar este trabajo con una cita del discurso pronunciado entonces por el provocador Gil Robles, justificándose como artífice de la represión, cuyas consecuencias están en la memoria de todos. Y es sintomático que ese funesto personaje, responsable de la muerte de José María Martínez, Sirval, Vázquez y tantos centenares de trabajadores honrados; ese cínico instrumento de la Compañía de Jesús que marcó a fuego y látigo el cuerpo de Javier Bueno, actúe hoy en la tramoya monárquico-democrática de acuerdo con los líderes « izquierdistas » que imposibilitaron la acción unánime del proletariado español el año 34. Nada más.

F. SIERRA PANDO

HAY QUE TERMINAR CON ESTO

Tal eventualidad podría costarnos casi todo cuanto va ligado al nombre del Movimiento, amén de ríos de sangre. Hay que impedirla. A mí me consta que quieren impedirla a toda costa muchos compañeros que, en España, continúan todavía en el campo « deformista ». Me consta porque me piden que haga todo lo posible por liquidar la escisión. Y, en efecto, ha llegado el momento de acabar con ella. Pero ¿ cómo ? A la vista está que para lograrlo hay que hacer más que hasta ahora. Que tal o cual militante, que tal o cual periódico, haga un llamamiento desde nuestro campo a los que se hallan en el otro, no ha bastado ni bastará en el futuro. Es menester prescindir de pruritos, resentimientos, recriminaciones etc. para hablar y proceder en defensa de la integridad de nuestros postulados y de la totalidad del Movimiento Libertario.

En el Congreso de Francia se va a tratar el asunto, y de él depende en gran parte nuestro futuro. Cada compañero, naturalmente, tendrá su opi-

nión sobre este tema, y yo no quiero meter en un botrino a nadie. Ni aunque quisiera podría. Pero, hablando tan sólo por cuenta propia, sí deseo decir que me parece indispensable llegar a estos puntos : 1, reconocimiento de la imperiosa necesidad de acabar con la escisión ; 2, proclamación de que la única base de concordia y reunión ha de ser el respeto general al enarcosindicalismo característico del Movimiento, a la definición que de la CNT dió su último Congreso Nacional y a los acuerdos mayoritarios tomados o por tomar ; 3, que, como no podemos celebrar un Congreso ahora para acabar con el cisma como se hizo en mayo 1936, los Comités competentes de nuestro campo asuman la responsabilidad de proclamar nuestro deseo de reintegrar el Movimiento, y asimismo la de hacer las gestiones necesarias para lograr ese fin rápidamente ; 4, que, además de invitar a venir individualmente a nuestro campo a los del otro, nuestros Comités queden facultados para tratar el problema con los que ellos nombren colectivamente ; 5, que al dar a conocer todo esto a los disidentes se les recuerden los fracasos y pérdidas de prestigio que les ha proporcionado su actitud, se le señalen los riesgos que tendría el emperrarse en ella, se les asegure nuestra buena voluntad y también se les advierta que, pasado cierto plazo prudencial, bajo ningún concepto ni a costa de nada consentiremos que se nos usurpe el nombre del Movimiento Libertario o de la CNT.

AISLAMIENTO DE TRAIADORES

Mas los detalles importan poco. Lo esencial es terminar con la escisión rápidamente, sin violencias de ningún género, sin segundas intenciones por parte de nadie y sin sacrificar lo que siempre fué alma del Movimiento, ya que tan importante es — por lo menos — el contenido como el continente. Pero conste que eso no se ha de lograr con un airado « ; Si quieren venir, que vengan ! », ni con gritos de otra suerte, sino llevando sensatas decisiones a la práctica, actuando y moviéndose de firme. Por nuestra parte, huelga eso de « Creerán que nos llega el agua al cuello... », porque bien saben los otros que nos hallamos bastante mejor que ellos, y es de creer que no confundan un generoso servicio al Movimiento con la oferta del farruco portugués : « Si me sacas del pozo, te perdono la vida... »

Por la otra parte, huelgan todos los temores, pero también la intención de volver a las andadas y el afán de descarriarnos. Quien todavía, en su fuero interno, se sienta fiel a la CNT de siempre, rectifique sus errores y ocupe el puesto que su deber le señala ; quien espere milagros de la política, espérelos por su cuenta y riesgo, sin comprometer a nadie ; y los traidores dispuestos a pactar con comunistas o monárquicos, sepan que hacerlo en nuestro nombre podría costarles caro. Nos consta a todos que el « deformismo » no ha dado una idea nueva, ya sea en cuestiones de principio, ya sobre táctica, ya en cuanto a fines del Movimiento. Sólo ha servido para escindirio, para sacar a la plaza tontorías como las de Horacio Prieto, para hacer posibles mayúsculos desatinos. Y todos, también, sabemos, que el deber común es dejar solos a quienes llegan a la traición a fuer de claudicaciones.

Me refiero a renegados como Juan López y cuanto con él aplauden las gestiones monárquicas de Prieto sabiendo bien lo que implican en el terreno internacional. Quienes aprueban la intervención del Ejército español en la próxima contienda, que es lo que implica el plan monárquico, continuarán aprobándola cuando se cambie de plan ; y si el juego diplomático les proporciona ocasión, esos señores, tan quebrantados de espíritu como embrollados de ideas, llegarán hasta a aceptar un « nuevo régimen » franquista ; y como de por sí carecen de importancia en absoluto, querrán hacerlo en nombre de la CNT. Tal es lo que hay que evitar al disponerse a impedir la intervención de nuestra España en la guerra que se avecina.

J. GARCLA PRADAS.

LA ESCISIÓN

Para evitar tal o cual desastre, nada mejor que prever a tiempo su posibilidad. Nuestro Movimiento ha sufrido algunos por falta de previsión, y si no echa la mirada hacia las situaciones que dentro y fuera de España van a crear de aquí a poco las rivalidades imperialistas, no habrá quien le salve de descabros casi mortales. Mas para echar la mirada hacia el porvenir es indispensable curarnos de dos males que nos están destruyendo sin que apenas lo notemos. Uno de ellos — el primero y principal — consiste en dar la palabra en las asambleas, en los corrillos y hasta en la Prensa, no a la Razón, sino a la Emoción; no al Juicio, sino al Prejuicio; no al Conocimiento, sino al Sentimiento. El otro — que se deriva del que acabo de citar — es la cobardía con que la Razón, el Juicio y el Conocimiento aceptan, acatan y hasta plauden los gritos desaforados de la Emoción, el Prejuicio y el Sentimiento. Esos dos males se reducen a uno, que es lo que se llama « irresponsabilidad » por no llamarlo ceguera voluntaria, o propensión al suicidio.

La Razón, el Juicio y el Conocimiento no son privativos de un grupo de compañeros, ni en los demás hay que ver la encarnación de la Emoción, el Prejuicio y el Sentimiento. En todos los militantes, sin excepción de ninguna índole, hay su buena dosis de lo primero y de lo segundo. Todos, también, tenemos la obligación de ahogar las voces pasionales para que se oigan las otras. Si queremos ver la realidad que se acerca, nada impedirá que la veamos bien y obremos en consecuencia. Si, por el contrario, nos obstinamos en no verla, o en no mirarla aunque la veamos, o en negarla neciamente cuando la tengamos espejada en la

pupila, lo único que lograremos será engañarnos a nosotros mismos. Que es lo que viene ocurriendo desde hace tiempo. Hay asambleas en que se toma cuerdo a sabiendas de que son desvelados o hueros, simplemente porque halagan a nuestro orgullo, a nuestros resentimientos, a nuestra pereza o a cualquier otra cosa de no mayor valía. Y cada uno de ellos se hace algo así como una larva de polilla en el mismo corazón del Movimiento Libertario.

LA GRAVEDAD DEL MOMENTO

Ya es más que llegada la hora de reaccionar contra esos males. Si la dejamos pasar sin poner enmienda, nos mostraremos propicios a engañarnos con palabras retumbantes, tanto más sonoras cuanto más huecas estén; habrá luego un cortísimo período, en que aplaudamos a quien

con ellas nos regale los oídos; y después, cuando menos lo esperemos, vendrá la realidad a echarle la mano al cuello al charlatán que más levante la voz y a darnos a los demás un puntapié en el trasero. Es menester darse cuenta de que se acercan tiempos difíciles, extremadamente graves, en los que puede perderse para siempre el Movimiento. Todo descuido, todo encogimiento de hombros, toda ilusión, hasta la más mínima cobardía moral o la infima torpeza puede tener consecuencias funestísimas, acaso mucho peores que las que hasta aquí ha tenido la pérdida de la guerra.

Tal incremento han tomado los dos males de que trato, que en cuanto uno los denuncia provoca la preven-

ción, la suspicacia, el recelo. Decir, por ejemplo, que hoy es inútil despotricar contra los responsables de la « No-Intervención » es exponerse a ser tomado por apóstata del ideal anarquista. Y al revés: por anarquista cien por cien es tenido quien se pasa la vida proclamando que no podemos volver a España mientras no se nos dé la garantía de que van a ser respetadas las conquistas que hicimos durante la revolución. Pero no es más anarquista el que más chillaba que el que se muestra más apagado de voz. En el Movimiento Libertario nos conocemos bien todos, y para hacer buena labor hay que partir de la base de la mutua confianza, sin perder un segundo en hacer ver que uno es más fiel que los demás. Al sucederse los hechos que condujeron a la escisión fué puesta a prueba la lealtad de todo quisque, y ahora se trata de resolver nuestro problema, no con gritos, sino con el buen criterio de quienes fueron leales.

LA AMENAZA DE LA GUERRA

La realidad que nos amenaza es la de la guerra. No había que ser un lince para preverla hace un año, y aun tiempo atrás. Pero yo sé de alguien que, al exponerla en una asamblea hace varios meses, recibió algunos insultos y la magnífica afirmación de que no iba a haber guerra en los próximos veinticinco años. Con aleluyas así, estamos perdidos. Los cacareos son tolerables cuando anuncian la puesta de algún huevo; pero si no, cargan a Dios. Por si hay quien insiste en ellos, aquí está el huevo de la verdad, sin cacareo alguno: nos amenaza la guerra. Quizá no estalle en algunos años, pero puede estallar de aquí a unos meses; y esta posibilidad es lo que debemos tener en cuenta, especialmente en Francia.

Si se tiene en cuenta; si nuestro anarquismo es firme, pero no cae en la cobardía de presumir de valiente por temor a ser tildado de cobarde; si en vez de vociferar las pasiones — altas o bajas — piensan los sesos, y la alegre demagogia es desplazada por un profundo y sincero sentido de responsabilidad, los principales problemas que tenemos planteados presentarán un aspecto muy distinto del que, al parecer, han venido presentando hasta el presente. Sería muy arriesgado hablar en público de ellos. Ya surgirán, de por sí, donde hace falta que surjan. Pero hay un respecto al cual cabe decir algo en la Prensa: el de la escisión, que, desde luego, se cuenta entre los que cambian de aspecto a la luz de la presente — o la futura, pero muy próxima — situación. Para advertirlo, bastará tener en cuenta lo que expondré en otro párrafo.

Es de suponer que, si estalla la guerra que se está preparando, su centro de gravedad — o por lo menos, uno de los principales dispositivos estratégicos — será Francia. Y los beligerantes no se van a disputar ese país con reproches diplomáticos, con discos de propaganda ni con programas ideológicos, sino a tiro limpio, con las tropas de que puedan disponer. Nosotros podemos ser tan pacifistas como nos plazca, pero no evitaremos el conflicto. No se evitan las guerras con manifiestos, sino destruyendo sus bien conocidas causas; y a la vista está que el proletariado no ha destruido ninguna de éstas, ni siquiera algunas accidenta-

les, cuya eliminación habría permitido retardar la explosión que nos tememos. Ahora, a lo hecho — o a lo no hecho, — ¡pecho! Y a los españoles nos toca darlo frente a la posibilidad de que los beligerantes occidentales — o sus contrarios, que quien con Hitler pactó podría pactar

con Franco — metan España y el Ejército español en la contienda.

NUEVA «FACHADA» EN ESPAÑA

Si eso ocurre, para nada valdrá despotricar contra quienes nos jueguen tal partida. Ni los unos ni los otros desean hoy tratar en público con Franco, y a algunos seguramente les repugna tratar con él en privado. Pero la política internacional, y especialmente cuando en su timba se juegan bazas históricas decisivas, no es cuestión de simpatías sentimentales o concordancias ideológicas, sino de crudos intereses, de conveniencias desnudas. Conveniencias e intereses darán lugar a que unos y otros beligerantes hagan su trato con el Estado español, que a la misma guerra se agarrará como se agarraría a un clavo ardiendo; y conveniencias e intereses darán lugar, igualmente, a que haya en nuestro país algún cambio de fachada, a fin de lograr que el pueblo — y no tan sólo el Estado — participe en la contienda con algunas ilusiones.

No sabemos en qué consistirá dicho cambio de fachada. Según es la tragedia, así es la decoración. El Estado español tomará el aspecto que más convenga a sus aliados. Pero, detalles aparte, sus adornos provenirán del almacén democrático o del bolchevique. Y el prólogo de la tragedia será una amnistía amplísima, más o menos engañosa, destinada a servir de base a cualquier miserable « unión nacional ». Si a eso llegamos — y acaso hacia eso tiendan los conciliábulos entre Franco y el Borbón, entre el Borbón y don Inda, entre don Inda y la logia de don Diego, con todos los cuales deben tener relación las elecciones municipales recientemente anunciadas — ¿qué va a ocurrir en nuestras filas? ¿Es que las dos ramas del Movimiento van a esperar a pié firme, en Francia, la eliminación de toda suerte de incógnitas?

De dos ramas he hablado, y quizá lo he hecho con poco acierto, pues me refería al Movimiento Libertario propiamente dicho, fiel a sus doctrinas y a los acuerdos del último Congreso Nacional de la CNT, y a las filas que, por otra parte, forman los disidentes « deformistas ». Con o sin la aprobación de todos éstos, es innegable que quienes han venido representándolos durante estos últimos años, han colaborado incondicionalmente en varios « Gobiernos de la República », se han codeado en ellos con los « comunistas » por considerarlos representantes o testaferros de Stalin, y han hecho y hacen aún cuanto pueden por llegar a un acuerdo con los monárquicos, los generales insatisfechos y... quién sabe con quién más. Bien cabe, pues, suponer que tales representantes del llamado « deformismo » están dispuestos a acoplarse, no en nombre propio, sino EN NOMBRE DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL, a cualquier tinglado intervencionista que se levante en España según planos extranjeros.

TECNICOS MILITARES YANQUIS VISITAN a FRANCO

1. febrero 9-10-46

EL pasado 30 de septiembre recibimos un despacho de España que nos informaba de la llegada a Madrid de una misión de expertos militares y navales norteamericanos. Al frente de ella iba el senador presidente de la Comisión de Fuerzas Armadas, Chan Gurney, una especie de O'Konski pro-franquista, que, después de visitar las instalaciones militares de diversos países, quiso entrevistarse con el mercenario de El Pardo.

Sabido el interés que tienen los elementos reaccionarios yanquis por asegurar las posiciones estratégicas del occidente europeo y extender su predominio económico — sin detenerse en la menor consideración moral — nada podía extrañarnos la visita. Y tampoco habían de sorprendernos las manifestaciones entusiastas de dicho senador después de conversar con el Caudillo de las desgracias de España.

Ya se sabe donde van y lo que desean los imperialistas del Nuevo Mundo. Pero parecerá chocante esta conducta cuando precisamente en las sesiones del Consejo Económico y Social de la ONU, la viuda de Roosevelt, representando a los EE. UU., defiende obstinadamente los DERECHOS DEL HOMBRE y pretende que la Carta sea de obligatoria aplicación en todos los países para garantizar la libertad, el respeto absoluto de las ideas y la vida de los ciudadanos.

¡ No hay que engañarse ! La política tiene sus exigencias — principalmente en la libre (?) democracia — para mejor apoyar las intenciones del Estado, que es rapiña, y nada más. Se hace mucha DECLAMACION liberal y se impone, por otra parte, un criterio antiliberal, protegiendo tiranuelos sin escrúpulos para tener las manos libres y acaparar cuantas riquezas quedan a su alcance. Surge aquí la visión del Estado mastodóntico, sirviéndose del satélite minúsculo que esclaviza y yugula a los ciudadanos del pobre país víctima de la perfidia fascista. Para los usurpadores ninguna razón ética cuenta. En el caso de los imperialistas yanquis, que aspiran a la dominación absoluta del mundo — igual que sus contrincantes de Moscú — menos aún. Y aunque oficialmente el Departamento de Estado de Washington no aplauda la política escandalosa de los técnicos militares huéspedes del vendepatrias gallego, la tolera y estimula en silencio.

Tal vez, por lo que otras actuaciones revelan, no interese especialmente la defensa personal de Franco. Pero es indudable que se tiende por todos los caminos a mantener lo que Franco representa: Ejército pretoriano, policía, burguesía caduca e Iglesia cerril. Puede importarles bien poco que aquél esté, o no en la jefatura permanente del Estado, pero no admiten, en manera alguna, que se lo sustituya por algo inseguro que pueda dificultar la política expansionista, el monopolio industrial y la defensa militar.

Es decir, que, en el caso de España, avanzada occidental, interesa abatir el germen revolucionario y renovador del pueblo, aplastar los sentimientos y el espíritu de la Revolución Ibérica, garantía de independencia, para precipitar la decadencia nacional y sujetarla a una política — colonización, en suma —, de obediencia ciega.

Estos norteamericanos que construyen hoy aeródromos en España y absorben las riquezas del país, son los mismos que, en 1898, imponían el vergonzoso Tratado de París, abusando de la debilidad en que las orgías militares borbónicas habían sumido a nuestro pueblo. Los políticos del « honor nacional » liquidaron entonces la cuestión de los territorios de Ultramar aceptando sumisos los dictados yanquis para concentrar sus fuerzas en la defensa de la dinastía decadente. Ahora — aprovechando la atmósfera bélica internacional —, los liquidadores falangistas que han convertido la nación en un inmenso solar en ruinas, entregan los despojos patrios a los plutócratas dolarianos para obtener en cambio la promesa de una ayuda que les permita cabalgar sobre el lomo del cachorro ibérico.

Será inútil pretender que tales operaciones desvíen al proletariado de sus anhelos de libertad e independencia y anulen el espíritu batallador que le caracteriza. A pesar de la política de los « telefónicos » y los empréstitos Morgan, la Dictadura y la Monarquía fueron barridas de España cuando el pueblo se lo propuso. Igual ocurrirá con Franco, o los fascistas que lo sucedan amparados por las bolsas americanas, el día que los auténticos antifascistas comprendan la ineficacia de las soluciones « pacificadoras » elaboradas en el exterior por los políticos serviles y se decidan a encontrarse en el terreno de la lucha activa con las indomables fuerzas libertarias.

Otra especulación «pacificadora»

Se pretende reconstituir la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas

Las maniobras que vienen realizándose para operar un aparente cambio de fachada en el edificio político español tropiezan con una grave dificultad: la desconfianza popular hacia las gentes que capitanean la «pacificación». El proletariado español no puede admitir la sustitución de Franco — borrón y cuenta nueva — por quienes contribuyeron a la sublevación y fueron luego cómplices en todos los atropellos falangistas. No está dispuesto a tolerar la continuidad del franquismo aunque se desfigure en un combinado monárquico-democrático.

Para reducir esa oposición se están preparando nuevos trabajos de estrategia política en los que se advierte la intención de inutilizar la personalidad de las organizaciones obreras revolucionarias.

Y no nos sorprende que el nombre de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas reaparezca en ciertos periódicos y se explote convencionalmente en conferencias preparadas para justificar una política claudicante que ningún sector de la emigración antifascista española ha querido respaldar.

Las cosas que afectan a la lucha encarnizada en el interior de España se han utilizado con muy poca honestidad por parte de los directores de la orquesta política. Se han utilizado y quieren seguir utilizándolas. Precisamente quienes menor preocupación han sentido por socorrer a las víctimas del terrorismo franquista, por estimularles y ayudarles en su obra de hostigamiento incesante a los esbirros del dictador.

Al nacer el organismo resistente ADNF, los trabajadores exilados fi-

jaron sus esperanzas en la coordinación de los esfuerzos que se propiciaban. Mas pronto se advirtieron imperfecciones inconcebibles en el tejido clandestino. Y por nuestra parte lamentamos que los compañeros que intervinieron en esa coalición se comprometieran más en lo político — con programas de futuros gobiernos — que en lo revolucionario. Y que, siguiendo tan equivocada senda, finalizaran amparando acercamientos incomprensibles.

Aquella entidad «aliancista» pudo dar buenos frutos, pero fué víctima de las malas frecuentaciones iniciales. El pacto «fundacional» anunciaba ya su quiebra y hacia ella se fué, calamitosamente.

Falleció la ANFD y es inútil querer resucitarla para justificar los trapicheos de izquierda y derecha que se efectúan en la costa vasco-francesa y en Portugal. Al menos por lo que a la Confederación Nacional del Trabajo corresponde.

Algunos sedicentes cenetistas — unos pocos «caudillos» que hasta en la escisión están aislados —, especuladores sin escrúpulos que por participar en la lotería republicana de Giral manifestaron instintos fratricidas y provocaron la ruptura en la familia libertaria — el mejor servicio a Franco y la reacción —, andan ya a la busca de una nueva representación de ese género. No ha manifestado públicamente el cónclave *deformista* su asentimiento a la política de Prieto. Pero tampoco la combate y se muestra enojado por parecerle exclusivista. La reconstitución de la Alianza de Fuerzas Democráticas se propicia — ya aludió a ella Trifón Gómez y está prepa-

rado el plantel de «delegados» en el exterior — para darles satisfacción.

No convencerán a nadie esos far-santes — republicanos el 45 y monárquicos hoy —. Al contrario; su nueva pirueta advertirá del engaño a los pocos que no atendieron nuestras llamadas a la reflexión. Y Prieto se engañará una vez más creyendo contar con la asistencia de la CNT en sus maquiavélicos planes.

Haga, D. Inda, cuanto le venga en gana con los monárquicos y con quienquiera. ¡Hasta con Serrano Suñer! Pero deje a la Confederación tranquila. Que no, señor, no. ¡No admite confusiones!